

## ORACIÓN

Por tu bondad, Señor y Hermano Jesús:

Concédenos escuchar tu Palabra con el corazón abierto y con nuestro ser entero orientado a Ti.

Haz que nos sea:

- luz en el caminar de nuestra vida,
- fortaleza en la lucha diaria,
- nuestro gozo en los sinsabores de nuestra existencia. AMEN.

## TEXTO

### LUCAS 9,18-36

«<sup>18</sup>Y sucedió, estando **él** orando solo, que **los discípulos** estaban reunidos con él y les interrogó diciendo: “¿Quién dicen **las muchedumbres** que soy **yo**?”.

<sup>19</sup>Pero ellos, respondiéndole, dijeron: “Juan el Bautista; pero otros: Elías; pero otros: un profeta de los antiguos que ha resucitado”.

<sup>20</sup>Pero les dijo: “Pero **vosotros**, ¿quién decís que soy **yo**?”.

Pero, respondiendo, **Pedro** dijo: “**El Cristo de Dios**”.

<sup>21</sup>Pero **él**, abroncándolos, les ordenó que no dijeran esto a nadie, <sup>22</sup>diciendo que **el Hijo del hombre** tiene que sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos y los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y ser resucitado al tercer día.

<sup>23</sup>Pero decía a **todos**: “Si uno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y que me siga.

<sup>24</sup>Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí, la salvará.

<sup>25</sup>Porque ¿de qué sirve a una persona ganar el mundo entero, pero perderse o arruinarse a sí mismo?

<sup>26</sup>Porque **todo** el que se avergüence de mí y de mis palabras, **el Hijo del hombre** tendrá vergüenza de él, cuando venga en su gloria y la del Padre y de los santos ángeles.

<sup>27</sup>Pero en verdad os digo: hay algunos entre los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean **el reino de Dios**”.

<sup>28</sup>Pero sucedió que unos ocho días después de estas palabras, tomando consigo a **Pedro, Juan y Santiago**, subió a la montaña para orar.

<sup>29</sup>Y sucedió que, al orar, el aspecto de su rostro [se hizo] distinto y su vestido, de un blanco resplandeciente como el relámpago.

<sup>30</sup>Y he aquí que **dos hombres** conversaban con **él**, los cuales eran **Moisés y Elías**. <sup>31</sup>Ellos, aparecidos en gloria, hablaban de su [de Jesús] partida, que iba a cumplirse en Jerusalén.

<sup>32</sup>Pero **Pedro** y **los que** [estaban] **con él** estaban cargados de sueño; pero, habiendo seguido despiertos, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él.

<sup>33</sup>Y sucedió que, al separarse estos de **él**, **Pedro** dijo a **Jesús**: “**Jefe** es bueno para nosotros estar aquí; hagamos tres tiendas, una para **ti**, una para **Moisés** y una para **Elías**”, no sabiendo lo que decía.

<sup>34</sup>Pero, dichas estas cosas, sucedió que una nube los cubrió con su sombra.

Pero se llenaron de miedo al entrar en la nube.

<sup>35</sup>Y sucedió una voz de la nube diciendo: “**Este es mi Hijo el elegido; escuchadle**”.

<sup>36</sup>Y, en el acontecer **la voz**, **Jesús** se encontró solo.

Y ellos se callaron y en aquellos días no refirieron a nadie lo que habían visto».

## COMENTARIO

### PRIMERA UNIDAD (9,18-22)

- Vv. 18-20: Lucas sitúa la confesión de Pedro en un contexto distinto al de Marcos. Desde el principio, ha preparado a sus lectores a la mesianidad de Jesús. Ha diseñado con maestría la escena grandiosa de la llamada de los discípulos (5,1-11). Un poco más tarde, ha evocado la elección de los Doce y su ministerio apostólico (6,12-16), con Pedro a la cabeza (6,14). Luego los Doce han tenido que comenzar su ministerio de misión (9,1-6) y de reunión (9,10-17). Y mientras que Herodes, lleno de perplejidad ante las diversas opiniones del pueblo, permanecía en la incertidumbre y la soledad (9,7-9), Jesús entabla con Pedro una conversación que desemboca en la revelación de su identidad cristológica. Lucas desea mostrar con esta sabia construcción que los discípulos, por boca de Pedro, han reconocido a su Señor ya desde Galilea, y que lo han confesado correctamente como Cristo.
- V. 21: ¿Cómo entiende Lucas la orden de no decir nada? Hay dos interpretaciones posibles: a) el título de Cristo, sin el correctivo (v. 22) del anuncio de la pasión, no deja de ser peligroso; b) los jefes del pueblo, que no podrán creer en la mesianidad de Jesús, no deben ser informados demasiado pronto, para que no pongan así un fin violento prematuro a la obra mesiánica (cf. 22,66-71).  
Si la confesión de Pedro (v. 20b) es también un resumen de la primera parte del evangelio, una palabra del mismo Jesús, el primer anuncio de la pasión, va a determinar en adelante la continuación y el final del evangelio lucano (v. 22). Así pues, la fe de los discípulos se va profundizando a lo largo de esta conversación. Los discípulos y los lectores deben prepararse para pasar del Jesús-Mesías al Jesús-Mesías-doliente.
- V. 22: Lucas recoge aquí de buen grado dos afirmaciones teológicas de Marcos: a) *dei* («es preciso, tener que...»): Dios tiene un plan (cf. Hch 2,23). Entre la fatalidad divina y la libertad de los humanos se va dibujando el camino del Dios vivo, que prevé los sufrimientos del Hijo del hombre y los integra; b) «sufrir»: para Lucas no solamente la muerte, sino también el sufrimiento, son signos del mesianismo cristiano (cf. Hch 26,23). «Sufrir» es ser rechazado y morir. La instancia más alta del judaísmo se va a equivocar y va a rechazar al enviado de Dios. Cuanto mayor es la conciencia de una vocación, más grande es normalmente la decepción ante la incompreensión. Pero Jesús en Lucas no expresa aquí ningún sentimiento. Lucas reproduce la fórmula litúrgica con toda su severidad y desnudez. No solamente Jesús morirá como todo el mundo (*apothnesko*), sino que será matado (*apokteino*). La sentencia del tribunal del sanedrín (ni una palabra sobre Pilato en este lugar), por muy sentencia que sea, se entiende aquí como un asesinato. Lucas pone este mismo verbo en labios de Pedro en Hechos, e incluso en la voz activa: «Vosotros lo matasteis» (Hch 3,15). Pero los hombres no pueden matar más que el cuerpo (12,4-5), mientras que la acción de Dios continúa, integrando esa muerte en su plan y confiriéndole un significado nuevo, gracias a su feliz desenlace.

### SEGUNDA UNIDAD (9,23-27)

- ¿Cómo entiende Lucas estas sentencias? La gente ha recibido los beneficios de la gracia de Dios y se ha visto saciada (vv. 10-17). Se trata ahora de enseñarle cómo tiene que comportarse el hombre o la mujer delante de Dios (vv. 23-27). Esta enseñanza no se hará desde luego exclusivamente en imperativo; pero no hay conocimiento cristológico (vv. 18-22) fuera de la conversión a Dios (vv. 23-27). Así es como se dirige este discurso, que se compone en parte de informaciones y en parte de exhortaciones, a todo este pueblo que habría sido todavía incapaz de confesar a Cristo como lo ha hecho Pedro (v. 23a). Al mismo tiempo, se dirige a todos los lectores u oyentes.  
Creer no es simplemente tener por verdadero; es un impulso de la persona humana hacia la persona del representante de Dios. Para Lucas, la existencia cristiana es un caminar («venir») con Jesús («que me siga») y bajo su dirección («detrás de mí»). Sin ruptura consigo mismo («renuncie a sí mismo»), la conversión no tiene futuro. «Renunciar a sí mismo» no significa odiarse (cf. 10,27), sino, en términos modernos, *renunciar a la vida inauténtica*, demoler la fachada de orgullo de su identidad y dejar que aflore, en la relación con Cristo, el verdadero yo frágil y despojado. El publicano de la parábola (18,13) concreta esta sentencia.  
Mientras que «renunciar a sí mismo» da la señal de la ruptura con su propio pasado, «cargar con su cruz de cada día» marca la dirección de la ética personal. La fidelidad en la fe nos lleva al sufrimiento y al seguimiento de los pasos de Jesús. O dicho a la manera de Lucas: hay que pasar por muchas tribulaciones para poder entrar en el

reino de Dios (Hch 14,22). Jesús no exige de nosotros el sufrimiento en cuanto tal, pero ve de antemano que el amor a Dios y el amor al prójimo (Lc 10,27-28) no pueden realizarse sin el sacrificio de sí mismo y sin compartir sus sufrimientos.

La primera sentencia está construida de tal forma que el tema del seguimiento aparece, en dos ocasiones, al principio y al fin, y se encuentra doblemente interpretado, entre los dos, por la exigencia de la ruptura con el pasado pecador y por la descripción de la obediencia perseverante.

- El verbo «querer» servía quizás para enlazar el v. 24 con el v. 23. En la tradición, se trataba de la decisión voluntaria, negativa en el v. 24a, por contraste con la decisión positiva del v. 23. Se trata de las dos respuestas posibles de la voluntad humana a la iniciativa divina (vv. 10-17).

¿En qué consiste el intento de «salvar su vida»? Hay que recoger el doble sentido de esta expresión: el ser humano no salva precisamente su vida cuando quiere salvarla. «Salvar la vida» no es en sí mismo nada negativo; al contrario, lo que Dios quiere es que salvemos nuestra vida. Lo que condena Cristo es que *uno quiera salvarse a sí mismo*, pretendiendo realizar por sí mismo y para sí mismo esa esperanza legítima con su acción, su trabajo y sus pensamientos. En resumen, el ser humano yerra en su objetivo si quiere conservar su vida solamente en provecho propio, una vida que *solo le pertenece cuando la entrega a los otros*. Este extraño carácter de la vida humana se explica teológicamente porque el fundamento y el objetivo final de esta vida es Dios mismo. Una existencia puramente egocéntrica es una vida fracasada, en la medida en que se le escapan la calidad y el calor de la comunicación.

En la segunda mitad de la segunda sentencia, habría que poner «perder la vida» entre comillas, ya que *solo en apariencia* es una vida perdida. Así es, sin embargo, como en el siglo II juzgaron muchos paganos la existencia cristiana, como miserable, sin gozos y sometida al sufrimiento. «Por causa de mí» no hace más que explicitar la intención de Jesús. Esta referencia a Cristo no hace de la vida cristiana una vida bajo una nueva ley, sino *una vida en comunión con el Señor*. Al final, Dios salvará esa vida.

- En toda su obra, Lucas no simboliza el rechazo de la fe mediante la imagen vetero-testamentaria del adulterio, sino por la de la avaricia. El versículo 25, con resonancias semíticas, reúne didácticamente la voluntad de poseerlo todo y la pérdida de uno mismo. El deseo de salvar la vida se define aquí como un impulso a poseer, a «ganar el mundo», lo cual incluye además una sed de poder. La consecuencia última de este fantasma sería el despojo de todos los demás seres humanos y la sed inextinguible de revancha. Al revés, *la comunión de bienes es el signo de vida lograda*: el hombre recibe porque da.

Tanto las ciencias humanas como el sentido común nos dicen que un ser humano no puede vivir sin un yo estructurado y sin poseer algunos objetos, símbolos de su identidad. El Cristo de Lucas no exige quizás de nosotros una renuncia que llegue hasta una pérdida semejante. Lo que reclama es *una relación profunda, viva y generadora de vida entre Dios y el hombre*. Esta comunicación vivificante nos ofrece la posibilidad de comprendernos sin apoyarnos en nosotros mismos, y de entender la posesión de cosas sin que sea necesariamente personal. La historia de la Iglesia conoce muchas personas que se encontraron precisamente cuando se perdieron, es decir, cuando se dieron. En el mundo occidental es San Francisco de Asís el que encarna esta exigencia evangélica.

- Explicaremos al v. 26 a propósito de 12,8-9. Aquí nos limitamos a señalar algunas peculiaridades. En vez de una doble fórmula equilibrada (12,8-9), tenemos aquí simplemente la mención del peligro de renegar, paralelo al v. 25. La idea de *confesar la fe* (12,8) está ausente en esta ocasión. Por el contrario, se encuentra aquí un verbo cargado de sentimiento: «avergonzarse». Por consiguiente, la fe no es tan solo una cuestión de inteligencia, sino también de corazón. Se necesita una gran solidez interior y un agudo sentido de responsabilidad para ser como los otros y demostrar que se tiene coraje en la sociedad. Pronto se avergüenza uno de tratar con personas que no son «como es debido». Los cristianos tuvieron que superar este sentimiento de vergüenza, tanto entre los judíos como en la sociedad de las ciudades griegas. La persona de Jesús («a mí») y su enseñanza («a mis palabras») podían chocar. Pablo da testimonio de que ha experimentado este sentimiento y de que lo ha superado: «No me avergüenzo del evangelio» (Rm 1,16).

- Para Lucas, el fin no es ya inminente. Pero lo que le niega al fin cercano, se lo atribuye a la historia de la salvación: en Jesús, este reino de Dios está ahí, presente, aunque no todavía en toda su gloria. Lucas ahora describe, por así decirlo, la realización de la promesa hecha a Simeón (2,26): el anciano puede morir, porque ha visto ya la salvación (2,30). Igualmente, los contemporáneos de Jesús pueden morir en paz, porque han visto a Jesús (9,27). Sin embargo, Lucas tiene también la idea de un espacio de tiempo entre el momento en que Jesús

habló y aquel en que «vendrá el Reino». ¿Cuándo lo verán entonces sus contemporáneos? No hay respuesta explícita. La fidelidad de Lucas a la tradición responde: «más tarde», a pesar de que su fe le dice: «ya ahora». La sentencia nos sitúa así en la compañía de los discípulos que, contemporáneos y testigos, vivirán hasta después de la ascensión. Según Lucas, los «algunos» del v. 27 son los discípulos y creyentes que han respondido positivamente a las normas de los vv. 23-26, en particular los Doce.

### TERCERA UNIDAD (9,28-36)

- El marco (v. 28): Muchas cosas se nos han dicho, o al menos se nos han sugerido, con unas pocas palabras. La transfiguración responde a las cuestiones planteadas por la discusión precedente («después de estas palabras»). Dios confirma por la transfiguración y por la voz celestial el anuncio profético de Jesús (9,22). Pero mientras Jesús ponía sus sufrimientos mesiánicos en primer lugar, Dios muestra aquí la gloria de su Hijo. Y al revés, a la salida gloriosa anunciada por la profecía («y ser resucitado al tercer día», 9,22) corresponde aquí el seco y escueto punto final («Jesús se encontró solo», 9,36). Además de este vínculo cristológico con las perícopas precedentes, hay también una relación antropológica y eclesiológica: después de la confesión de Pedro, los discípulos (y, a través de ellos, la comunidad) han aprendido la necesidad del sufrimiento, el del Mesías (9,22) y el de sus seguidores (9,23-24). La transfiguración asume entonces una función de consolación. La elección de los tres discípulos confiere a lo que va a seguir una importancia primordial. Lucas pone muchas veces a Juan en segundo lugar, detrás de Pedro (cf. 8,51; Hch 4,13; 8,14). Por su concepción de la Iglesia, tiene poco interés por Santiago, hijo de Zebedeo (cf. Hch 12,2). La fidelidad a la tradición (aquí a Marcos) exige la presencia de este discípulo, pero el propósito teológico de Lucas lo relega al último lugar. El motivo de la montaña, así como el de la oración, anuncia un encuentro con lo divino. En todos los momentos decisivos de su vida, el Jesús de Lucas quiere permanecer por la oración en relación con su Padre. Lucas no dice que Jesús haya realizado por sí mismo el milagro de la transfiguración. Piensa más bien que Jesús cumplió las condiciones para recibirla (v. 28) y que, a partir de ahí, fue Dios quien actuó (v. 29).
- El signo divino (v. 29): Mientras Jesús oraba, cambió «el aspecto de su rostro y su vestido se volvió brillante». «Rostro» puede referirse aquí a toda la persona. Es la apariencia la que «se hizo otra». «Otro» no indica un cambio en el ser, sino en la relación de Jesús con los demás y de los demás con él. Jesús no se hizo diferente de lo que antes era, sino que *asumió, por un instante, su verdadera identidad* y su apariencia luminosa sirvió de signo divino. Segundo elemento: la transformación del vestido, que se vuelve «blanco», «brillante». El verbo «brillar como un relámpago» es un verbo raro. Lucas lo sacó probablemente de las visiones del AT (Ez 1,4.7; Nah 3,3). Los vestidos brillantes y las figuras irradiantes pertenecen al material apocalíptico. Puesto que el vestido indicaba el rango social y, en sentido amplio, la identidad de un individuo, se comprende la alusión: Jesús pertenece a la esfera celestial.
- El camino de Jesús (vv. 30-31): «Y he aquí» introduce un nuevo episodio. La figura central sigue estando allí, pero de pronto aparecen a su lado dos hombres. Lucas nos dice sus nombres: Moisés y Elías. No nos dice por qué están allí. Pero puede ser porque representan la ley y los profetas, y vieron de antemano el destino de Cristo, sobre todo su muerte. El v. 31 lo confirma: la conversación trata sobre la «partida» de Jesús. Según el designio de salvación cuya realización está ya cerca («debía», «iba a»), esta partida tendrá lugar en Jerusalén, que con la ortografía semítica es la ciudad santa y cargada de salvación. Lucas utiliza «partida» (*exodos*) como un eufemismo para hablar de la muerte, pero sabe que esta muerte no es el final del proyecto de Dios. El *éxodo* seguirá y conducirá a Jesús del viernes santo a la pascua, y de pascua a la ascensión.
- Los espectadores (vv. 32-33): El escritor traslada su mirada a los que han sido escogidos para ser sus espectadores. Su descripción aumenta más aún la majestad del suceso precedente. El aturdimiento de los discípulos da la medida del resplandor deslumbrante de la transfiguración. Lucas podía haber hecho caer en tierra a los discípulos (como Pablo, Hch 9,4), hacerles gritar de terror (como Juan, Ap 19,9), quedar inmediatamente ciegos (como Pablo, Hch 9,8): todas estas son consecuencias de la teofanía. Pero el evangelista insiste más en la fascinación que en el espanto. El acontecimiento extraordinario los ha literalmente hipnotizado. En el sueño, el hombre o la mujer antigua se sentían cerca de la divinidad. A diferencia de su culpable cansancio ulterior en Getsemaní (Mc 14,37-42), estos hombres no están dormidos, sino que están amenazados por el sueño («cargados»). El verbo utilizado significa que han resistido al sueño y que no han perdido la conciencia en ningún momento. Así pues, esta formulación de Lucas sugiere que su estado no era ni el sueño ni la vigilia, sino

una especie de acto segundo, que la Biblia atribuye por ejemplo a Abrahán (Gn 15,12) y a Daniel (Dan 8,18; 10,9), cuando Dios quiere comunicarse con ellos.

Los tres discípulos vieron el esplendor de las tres figuras y se vieron en cierto modo llevados a aquel mundo divino. Por eso Pedro dice que es bueno quedarse allí (v. 33). Según Lucas, la «gloria» proviene de Dios y de su esfera. Solo Jesús, por su resurrección, ha entrado en su gloria, a saber la gloria de Dios que se le atribuye en adelante (24,26). En cuanto Hijo de Dios, Jesús es portador de la gloria divina que le está destinada, pero, fuera de la transfiguración, no se revestirá de ella más que después de su pasión. Y tan solo en su parusía se manifestará a todos los seres humanos (9,26; 21,27).

- La nube y la voz (vv. 34-35): La mirada se dirige de nuevo a la «escena». En lugar del resplandor, leemos ahora tres veces la palabra «nube» (en el verbo «cubrir con su sombra» está la palabra «sombra»). La luz y la nube, el resplandor y el humo, son los accesorios de toda teofanía. El pueblo de Israel era conducido al desierto por la columna de fuego, por la noche, y por la columna de nube, por el día (Ex 13,21-22). En el desierto, la «nube» señala la presencia de Dios (Ex 33,9-10; 40,38). La presencia de la nube quiere decir: ¡Estad atentos! ¡Viene Dios! En la primera fase de la transfiguración, Dios estaba activo en su esplendor visible; en la segunda, lo está por su voz. La nube atestigua la presencia de Dios. Los discípulos lo comprenden y se llenan de temor ante Dios. La voz divina utiliza una fórmula de identificación. El «este» de la designación celestial solo puede designar al mismo Jesús. Al llamar a Jesús «Hijo», la voz divina habla del Hijo preexistente, en el sentido cristiano de la relación del Padre con el Hijo. La transfiguración tiene el mismo valor significativo para la vida de Jesús que la resurrección para su muerte. Este hombre que no es ni sacerdote ni rey, que viene de Nazaret y no de Jerusalén, se ofrece como *la revelación última y definitiva de Dios*. Dios le ha dado pocos signos de legitimación, pero con la voz en el bautismo, es también la voz de la transfiguración la que lo legitima con mayor fuerza. El adjetivo verbal «escogido», «elegido» merece la atención. Mientras que Marcos y Mateo tienen «el amado», Lucas siente una preferencia por el verbo «elegir»; la mitad de los usos de este verbo en el NT se encuentran en Lc-Hch. Esta preferencia no explica sin embargo el único uso en el NT (= *hápax*) del utilizado aquí por Lucas. En cuanto al contenido, constituye un complemento afortunado, ya que si «mi Hijo» vincula a Jesús con su Padre, «mi elegido» lo relaciona con su misión y con su pueblo. En el conjunto del evangelio lucano, el relato del bautismo tiene una función cristológica (Jesús es llamado aquí por Dios «mi Hijo amado»), mientras que la voz divina, en la transfiguración, se dirige a los discípulos (función eclesiológica de «Este es mi Hijo, el elegido; escuchadle»). Es a ellos a quienes se revela la verdadera identidad de Jesús y es de ellos de quienes se espera una decisión.
- La conclusión (v. 36): La voz constituye el punto culminante y el final de la revelación. Lucas ignora el aspecto del texto de Marcos de la mirada de los discípulos. No menciona más que su silencio. Hasta pentecostés no contarán nada de la divinidad de Jesús, lo mismo que hasta pascua no comprenderán nada de su pasión. La historia de la salvación va siguiendo su propio ritmo.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?